

nómenos, representaciones, y, como la cuestión de la materia visible, está no menos justificada la cuestión de los átomos: ¿qué son fuera del fenómeno y fuera de la representación? ¿qué son en sí? ¿qué es lo que en toda su eternidad han llegado á expresar?»

Tales son las palabras con que Rokitsky prepara la explicación de que es precisamente en la teoría atómica donde descansa la concepción idealista del universo; y nosotros podemos agregar que, reducir todo elemento psíquico al mecanismo del cerebro y de los nervios, es precisamente el camino que con más seguridad conduce al conocimiento y que aquí acaba el horizonte de nuestro saber sin tocar á lo que el espíritu es en sí. Los sentidos nos dan, según Helmholtz, los efectos de las cosas, no imágenes fieles y menos aún las cosas mismas; pero en el número de estos simples efectos es preciso colocar igualmente á los sentidos mismos, así como al cerebro y los movimientos moleculares que nosotros le prestamos ó atribuimos; nos vemos forzados á reconocer la existencia de un orden trascendente del universo, sea que este orden descansa en las «cosas en sí mismas», ó bien que «la cosa en sí» sea el último empleo de nuestro pensamiento intuitivo; este orden descansa únicamente en relaciones que en los diversos espíritus se manifiestan como matices y gradaciones distintas del elemento sensorial, sin que, en general, se pueda imaginar una aparición adecuada de lo absoluto en un espíritu inteligente.

## CUARTA PARTE

### EL MATERIALISMO MORAL Y LA RELIGIÓN

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### La economía política y la dogmática del egoísmo.

Nacimiento de la hipótesis de una sociedad puramente egoísta.—Derecho y límites de la abstracción.—La abstracción confundida con la realidad.—La formación del capital y la ley del aumento de las necesidades.—La pretendida utilidad del egoísmo.—Origen del egoísmo y de la simpatía.—Error de Buckle al negar el progreso moral.—El egoísmo como principio de moral y la armonía de los intereses.—Examen de la teoría de la armonía de los intereses.—Causas de la desigualdad y nacimiento del proletariado.

Sería necesario someter, como lo hemos hecho con relación á las ciencias naturales, á un examen profundo la economía política y las ciencias que con ella tienen afinidad; pero aquí entramos ya involuntariamente en el dominio de las cuestiones prácticas, cuya solución forma el resultado de nuestro ensayo crítico. Al examinar una ciencia no encontramos en sus teorías más que el reflejo del estado social; queremos ver dónde se halla hoy el materialismo moral, y lo descubrimos transformado en una dogmática que no conocieron ni Aristipo ni Epicuro. En lugar del placer, los tiempos modernos han puesto el egoísmo, y, mientras los filósofos materialistas vacilaban en su moral, se desarrolló con la economía política una especial teoría del egoísmo que más que todo otro elemento de la época contemporánea lleva el sello del materialismo.

Las raíces de esta teoría llegan hasta tiempos anteriores á Kant y á la revolución francesa. En Italia, en los Países Bajos y en Francia el espíritu de investigación, que caracteriza los últimos siglos, había desde largo tiempo sometido á un estudio teórico el comercio, las relaciones internacionales, el fundamento de los impuestos y de las tarifas y los orígenes del bienestar ó del empobrecimiento de naciones enteras; pero solamente en Inglaterra, con la creciente prosperidad de la industria y de un comercio que abrazaba el globo entero, se desarrolló la economía política hasta el punto de llegar á ser una especie de ciencia. Adam Smith, cuya *Teoría moral* tuvo tan poco éxito, adquirió un gran nombre con sus *Investigaciones sobre la riqueza de las naciones*. A sus ojos, la simpatía y el interés eran los dos grandes resortes de las acciones humanas. De aquélla derivaba todas las virtudes del individuo y todas las ventajas de la sociedad; pero, después de haber explicado también la justicia de una manera bastante artificial, hizo de ella el verdadero fundamento de la sociedad y del Estado. Una inclinación recíproca entre los miembros de la sociedad, miramientos de benevolencia respecto á los intereses ajenos son muy bellas cosas, mas pueden faltar sin que por ello perezca el Estado. La justicia no puede faltar, con ella subsiste ó con ella sucumbe toda comunidad. En la adquisición de las riquezas y de los honores, la teoría moral permite ya á cada cual usar de sus fuerzas hasta el extremo, á fin de sobrepujar á cuantos le hagan competencia, sin otra condición que la de no cometer injusticias.

Finalmente, en la teoría de la riqueza de las naciones, Smith planteó como axioma que cada uno, no buscando más que su propio interés, trabaja al mismo tiempo en provecho de todos. En cuanto al Gobierno, no tiene otro deber que el de garantizar la mayor libertad posible en esta lucha de intereses (1). Tomando estos principios por punto de partida, dió al juego de los intereses, al mercado de la

oferta y la demanda, reglas que conservan actualmente su importancia. Por lo demás, este mercado de los intereses no constituía para él la totalidad, sino únicamente una parte importante de la existencia. Sin embargo, sus sucesores olvidaron el otro lado de la medalla y confundieron las reglas del mercado con las de la vida, y aun con las leyes fundamentales de la naturaleza humana, error que contribuyó á dar á la economía política un tinte de ciencia rigurosa, llevando á ella una simplificación considerable de todos los problemas de transacciones. Esta simplificación consiste en mirar á los hombres como seres esencialmente egoístas que saben discernir perfectamente sus propios intereses sin dejarse perturbar por impresiones distintas.

Nada habría, en efecto, que objetar si se hubiesen propuesto estas hipótesis explícita y formalmente con el objeto de dar una forma exacta á las consideraciones sobre las razones sociales, suponiendo un caso tan sencillo como posible; porque precisamente haciendo abstracción de la realidad entera y diversamente compuesta, es como otras ciencias han llegado á alcanzar su carácter de exactitud. No es absolutamente exacto para nosotros, que no podemos abrazar con un solo golpe de vista la infinidad de los efectos de la naturaleza, más que lo que damos por exacto nosotros mismos.

Todas las verdades absolutas son falsas, en cambio pueden ser exactas las relativas. Y lo que hay más importante para el progreso de la ciencia es que una verdad relativa, una tesis que no es verdadera más que en virtud de una hipótesis arbitraria y que difiere de la plena realidad en un sentido determinado con cuidado, es precisa é infinitamente más propia para ayudar nuestras intuiciones de un modo duradero que una tesis que de un salto se esfuerza en aproximarse lo más posible á la esencia de las cosas y arrastra á la vez una masa de errores inevitables y de un alcance desconocido.

Así como la geometría con sus líneas, superficies y cuerpos simples, nos ayuda á marchar hacia adelante, si quiera estas líneas y superficies no se encuentren en la naturaleza y lo real sea casi siempre inconmensurable, así también la economía política abstracta puede ayudarnos á marchar hacia adelante, aunque en realidad no haya seres que obedezcan exclusivamente á los impulsos de un egoísmo calculador y sigan con una movilidad absoluta, libres de todo otro movimiento y de toda influencia contraria derivada de otras cualidades. A decir verdad, la abstracción, en la economía política del egoísmo, es mucho más fuerte que en ninguna otra ciencia de las hasta aquí conocidas, en que las influencias contrarias de la pereza y del hábito, de la simpatía y de la abnegación por el interés general tienen una alta importancia. Sin embargo, se puede lanzar atrevidamente en la abstracción mientras permanezca como tal en la conciencia; porque una vez que se haya encontrado cómo esos átomos movibles de una sociedad entregada al egoísmo, lo que se admite hipotéticamente, deberían conducirse según la suposición admitida, se habría obtenido, no solo una ficción por sí misma exenta de contradicciones, sino también un conocimiento exacto de un aspecto de la esencia humana y de un elemento que juega un papel muy considerable en la sociedad y, sobre todo, en las relaciones comerciales. Podría al menos conocerse cómo el hombre se conduce mientras las condiciones de su conducta responden á esta previsión, aun cuando no deba jamás existir completamente el caso (2).

El materialismo en el terreno de la economía política consiste precisamente en que esta abstracción se confunde con la realidad, y esta confusión se opera bajo la influencia de un predominio monstruoso de los intereses materiales. Los padres de la economía política en Inglaterra partieron en su mayoría de puntos de vista emi-

nentemente prácticos, no tomando la palabra *práctico* en el sentido que la atribuían los antiguos griegos, entre los cuales, obrar prontamente en virtud de principios morales y políticos, merecía ante todo este honroso epíteto. El carácter de aquellos tiempos hacía buscar la finalidad de todas las acciones en los intereses del individuo. El punto de vista *práctico* en economía política es el de un hombre que pone sus propios intereses ante toda otra cosa y que, por consecuencia, supone los mismos sentimientos en todos los demás individuos. El gran interés, pues, del período actual no es, como en la antigüedad, el goce inmediato, sino la formación de un capital.

La sed de goces que tanto se censura á nuestra época está lejos de igualar, si se echa sobre la historia de la civilización una mirada comparativa, á la pasión del trabajo entre nuestros empresarios industriales y la necesidad del trabajo para los esclavos de la industria actual. Además, lo que frecuentemente parece el goce tumultuoso ó insensato de vanos placeres, no es más que la consecuencia de un trabajo exagerado, devorador y embrutecedor, porque el espíritu pierde, conservando el ansia por una persecución ardiente y encarnizada, la facultad de experimentar goces más puros, más nobles y más tranquilos. El hombre se entrega entonces involuntariamente á las distracciones con el afán febril de la industria; el placer se mide por el dinero que cuesta, y se hace, por decirlo así, un deber entregarse á él en días y á horas fijos. Tal estado de cosas es malsano y no puede subsistir largo tiempo; esto parece evidente, pero es tan claro como esto que en el presente período de trabajo se han realizado obras gigantescas que en el porvenir podrán muy bien hacer accesibles á clases más numerosas los frutos de una cultura superior.

Lo que formaba la sombra en el cuadro de los goces ilustrados y refinados de Epicuro y de Aristipo, el hábito de limitarse á un círculo estrecho de amigos ó aun á su

propia persona, no se registra con frecuencia hoy ni aun entre los egoístas opulentos, y una filosofía que adoptase semejante base no podría obtener resultados. Acumular aceleradamente medios de goce para emplearlos en su mayor parte, no en el goce, sino en el engrandecimiento de la fortuna ya adquirida, he aquí el rasgo característico de nuestra época. Si todos los que han conquistado una posición superior á la media se retirasen de los negocios para consagrar después sus ocios á los intereses públicos, al arte, á la literatura, en fin, á placeres distinguidos y poco dispendiosos, no solamente estas personas llevarían una vida más bella y digna, sino que poseerían también elementos materiales en cantidad suficiente para asegurar la duración á una cultura más noble, cualesquiera que fuesen sus exigencias, y para dar á nuestro período histórico actual un valor superior al de la antigüedad clásica.

Pero en los negocios perderán acaso más capitales de los que hoy pierden en el lujo más insensato, y aun puede ser también que sólo una débil parte del pueblo obtenga los beneficios de esta cultura. Por otra parte, es cierto que actualmente la mayoría del pueblo se encuentra en un estado deplorable. Si todas las fuerzas de nuestras poderosas máquinas y de las obras infinitamente perfeccionadas por la mano del hombre, gracias á la división de trabajo, se empleasen en dar á cada cual lo que necesita, en hacer soportable la vida y en procurar al espíritu el reposo y los medios propios para desenvolverse, existiría probablemente ya la posibilidad de extender á todas las capas sociales los beneficios de la cultura sin dañar á la tarea intelectual de la humanidad; pero hasta ahora nuestra época no ha tomado esta dirección. Es verdad que vemos producirse fuerzas sobre fuerzas, inventar incesantemente nuevas máquinas, imaginar sin cesar también nuevas vías de comunicación y que los capitalistas que disponen de todos

estos recursos no se dan punto de reposo en lo tocante á crear, en vez de gozar en una honrosa tranquilidad de los frutos de su trabajo, y, á pesar de ello, la actividad que se multiplica continuamente, en absoluto, no se preocupa de aumentar el bienestar general. Allí donde es deficiente el gusto por los goces intelectuales, surgen necesidades que se agrandan siempre más rápidamente que los medios de satisfacerlas.

Es una tesis favorita del materialismo moral de nuestros días que el hombre es tanto más feliz cuanto más necesidades tenga, con los medios suficientes para satisfacerlas. Los antiguos emitieron por unanimidad una opinión contraria. Epicuro buscaba como Diógenes la felicidad en la ausencia ó exención de las necesidades, sin más diferencia siempre que la de que el primero tenía en cuenta la felicidad y el segundo la ausencia de las necesidades. Cierto es que en nuestros días, gracias á un conocimiento más exacto de la vida del pueblo y principalmente á la estadística de la mortalidad, de las enfermedades, etc., se halla por fortuna refutado el antiguo cuento del pobre satisfecho y saludable y el rico siempre enfermo é hipocondríaco. Mídase el valor de los bienes terrestres en la escala de las tablas de mortalidad y se notará que, aun los cuidados de las testas coronadas, no producen efectos tan perniciosos sobre la salud como el hambre, el frío y las habitaciones mal ventiladas. Además, las ciencias han hecho bastantes progresos para permitir la conclusión verosímil de que la tesis materialista es errónea. La historia de la civilización nos enseña que en la época en que las princesas dormían en nichos murados, hacían grandes viajes á caballo y almorzaban tocino, pan y cerveza, la felicidad de estas personas no parecía menor que es hoy la de las princesas que atraviesan la Europa en magníficos coches-salones y disponen en cada estación del año de productos de todas las zonas. Las analogías de la psicofísica, nos presentan como

may verosímil que la sensación de bienestar personal es relativa como las sensaciones de los sentidos, que la diferencia es la que se percibe, se siente el aumento y se aprecia con la masa de los bienes ya adquiridos.

En realidad, ninguna persona sensata creerá que la composición física de ricos encajes de Bruselas pueda contribuir á la satisfacción de la mujer que con ellos se adorne más que todo otro adorno dispuesto con gusto y agradable á la vista, de un valor comparativamente mínimo. Y, sin embargo, la posesión de aquellos encajes puede llegar á ser una necesidad; la imposibilidad de procurárselos, excitar el más vivo despecho y, su pérdida súbita, hacer derramar muchas lágrimas. Claro es que en esto, la comparación, la lucha por la superioridad de rango, juegan, en lo tocante á dicha necesidad, el principal papel, y que de ello resulta inmediatamente que, por lo menos, esta especie de necesidad, la necesidad de predominar sobre los demás, es susceptible de aumentar hasta el infinito, sin que el bienestar de cualquiera de las personas interesadas se pueda conseguir sino en perjuicio ajeno.

Otra consecuencia inevitable es que puede darse un crecimiento continuo de la producción de los bienes y de los medios de producirlos sin que los goces de un individuo cualquiera tengan un notable aumento y sin que la masa de los trabajadores avance ni un solo paso hacia la penosa adquisición de los recursos indispensables para llevar una existencia conforme con la dignidad humana. Semejante crecimiento de las necesidades de todos los que pueden satisfacerlas, á consecuencia de la falta de filantropía y de una codicia exorbitante, son en puridad los rasgos característicos de nuestra época. La estadística del comercio y de la industria de la mayor parte de los países demuestra irrecusablemente la producción de un desenvolvimiento gigantesco de fuerza y de riqueza, mientras que la situación

de la clase obrera no descubre progreso alguno decisivo y el furor de enriquecerse en nada disminuye entre las clases poseedoras. Realmente no se vive para el goce, sino para el trabajo y para las necesidades; verdad es que, entre éstas, la de la avaricia es de tal modo predominante que todos los progresos verdaderos y durables que miran al provecho de la masa del pueblo son descuidados ó por lo menos obtenidos de paso.

Puede al presente considerarse, desde el punto de vista de la conciliación, este hecho en sí muy lamentable si se piensa que pronto ó tarde, sobre esta vía ó sobre otra, se manifestará un movimiento de los espíritus de tendencia muy diferente, sin que las fuerzas productoras experimenten sensible disminución. De nuevo podría prevalecer la idea fundamental de la cultura clásica, de que existe en todas las cosas una cierta medida de las más saludables y que el goce no depende del número de las necesidades satisfechas ni de la dificultad de satisfacerlas, sino de la forma bajo la cual nacen y se satisfacen, de la misma manera que la hermosura del cuerpo no se determina por la acumulación de carnes y huesos, sino por la presencia de ciertas líneas matemáticas. Semejante evolución de ideas haría pasar del materialismo moral al formalismo ó al idealismo, y no podría imaginarse sin la eliminación de la insaciable codicia ni en manera alguna nacer más que de la filantropía llevada hasta lo sublime.

Hasta aquí la economía política no se ha preocupado de subordinar el reparto de los bienes á principios rigurosos; ha aceptado, por el contrario, como dato invariable, la situación resultante de las relaciones entre el capital y el trabajo, y no ha soñado más que en el modo de crear la mayor masa posible de bienes. Este concepto materialista de la cuestión se armoniza completamente con el reconocimiento de los derechos del egoísmo y con la defensa ó el elogio de la codicia. Se intenta demostrar

que el progreso alcanzado por los esfuerzos incesantes del egoísmo mejora siempre algo la condición de las capas más oprimidas del pueblo, olvidándose la importancia de la comparación con otros que juegan tan gran papel entre los ricos. Ante los abusos más escandalosos, se sueña en una especie de armonía preestablecida, en virtud de la cual la sociedad encuentra las mayores ventajas en que cada cual persiga hasta el último trance sus propios intereses. Y esto se produce, sobre todo hoy que los apologistas tienen conciencia del mal que hacen, con una ingenuidad incontestable en la época del nacimiento de la economía política.

En el siglo XVIII era general hacer dimanar el bienestar de la sociedad del concurso de todos los esfuerzos egoístas, y por más que se protestase contra las exageraciones de la célebre fábula de las abejas de Mandeville (1723), la máxima de que aun los vicios contribuyen al bienestar general no dejaba menos de ser un artículo secreto de la civilización, artículo rara vez mencionado, pero jamás olvidado (3). Y sobre ningún terreno la apariencia de la verdad es más favorable para una máxima semejante que sobre el de la economía política. Los sofismas de Helvecio son transparentes, no obstante el brillo de los adornos que la retórica les presta, y todo ensayo con tendencia á explicar por el principio del egoísmo las virtudes del patriotismo, del sacrificio por el prójimo y del valor debía chocar contra la convicción de que el buen sentido, de acuerdo con la crítica científica, lo contradice. Otra cosa sucede en la economía política. Su tendencia innata es la de impulsar al bienestar material del pueblo, y, esto supuesto, es muy natural admitir que el progreso general es pura y simplemente la suma de los progresos individuales. En cuanto al individuo (es al menos el resultado incontestable de la experiencia comercial de todos los tiempos), no puede llegar al bienestar sino persiguiendo

hasta el extremo sus propios intereses, á reserva de practicar la virtud, en otras esferas, en la proporción que sus medios le permitan.

Si desde el principio la economía política no hubiese sido fundada sobre el egoísmo más que con intención de obtener provisionalmente, con abstracción de los demás motivos, una ciencia hipotética y exacta en los límites de la hipótesis y como primeros grados de una teoría más completa, en tal caso no podría hablarse de un censurable materialismo. En lugar de esto, se aplicaron de golpe á las naciones las máximas prácticas que regulan la persecución de los beneficios comerciales en la vida diaria, y se separó la cuestión del progreso material de los pueblos de las cuestiones morales, absolutamente como separadas estaban desde largo tiempo antes de las relaciones sociales. No se preocuparon de la forma de las relaciones de la propiedad, sino con respecto á la masa y valor comercial de los bienes, y, en lugar de preguntarse cómo obraría el hombre siendo sólo egoísta, se preguntó: ¿cómo obra en el terreno donde el egoísmo únicamente hace la ley? La primera pregunta es la del teórico exacto; la segunda, la de la práctica popular que se ha esforzado, en el dominio de la economía política más que en otro, por ahogar la ciencia propiamente dicha.

La idea de que existe un terreno especial en la vida para los actos conformes á los intereses y otro para la práctica de la virtud, es hoy todavía una de las ideas favoritas del liberalismo superficial que abiertamente se predica (4) en escritos populares muy extendidos, tales como el «Catecismo del obrero», de Schulze. Se ha llegado hasta hacer una especie de teoría del deber, de la que se habla en la vida cotidiana más frecuentemente que en literatura. Cualquiera que deja de recurrir, llegado al caso, á toda la severidad de las leyes para reembolsarse un crédito, debe ser mirado, ó como un

hombre rico que se puede permitir esta omisión, ó como un hombre que merece la censura más severa, que se dirige no solamente á su inteligencia, á su carácter demasiado débil y á su generosidad inoportuna, sino directamente á su moralidad. Se dirá que es un hombre aturdido, indolente, que no se preocupa como debiera de sus intereses y, si tiene mujer ó hijos, se le tachará de padre sin conciencia, aun cuando á su familia no afecte el que sea negligente. Del mismo modo se juzga al que sacrifica sus intereses privados para consagrar sus esfuerzos al bien público. Aquel que lo hace con éxito brillante es, sin duda, absuelto y aun generalmente elogiado, importando poco que haya obtenido aquél casualmente ó por su habilidad; pero mientras este juicio de Dios no se haya pronunciado por la multitud y por los fatalistas, el sentido común mantiene su derecho; condena al poeta y al artista lo mismo que al sabio y al hombre de Estado; no aprueba ni aun al agitador religioso más que cuando llega á formar una comunidad, á crear una institución considerable de la que llega á ser el director ó cuando puede elevarse á las altas dignidades eclesiásticas; pero jamás cuando sin esperar compensaciones sacrifica su situación externa á sus convicciones.

Naturalmente, aquí no hablamos más que de la opinión de la masa de la clase poseedora, pero que constituyendo la regla de la vida diaria ejerce su influencia aun sobre los que están animados de sentimientos más nobles. Antes de poder especificar el valor de esta dogmática del egoísmo es indispensable examinar, á la luz de los principios establecidos en los capítulos precedentes, la fuente del egoísmo natural y el origen de las tendencias opuestas.

Si es verdad que nuestro propio cuerpo no es más que una de nuestras imágenes de representación análoga á todas las otras, si conforme á esto nuestros semejantes, los otros hombres, tales como los vemos ante nosotros,

forman con toda la naturaleza que nos rodea parte de nuestra propia esencia, en una acepción muy determinada, ¿de dónde viene el egoísmo? Evidentemente de que las representaciones de dolor y de placer, y de que nuestros pensamientos y nuestras pasiones se funden en su mayor parte en la imagen de nuestro cuerpo y de sus movimientos.

El cuerpo viene á ser así el centro del mundo de los fenómenos, relación que (de ello podemos estar ciertos), tiene también su fundamento en la naturaleza de las cosas que caen fuera de nuestro conocimiento.

Sin proseguir más en este camino, demostremos ahora que todas nuestras representaciones de placer y de disgusto en manera alguna se hallan en relación directa con nuestro cuerpo. El refinado goce de los sentidos y el amor á lo bello, por ejemplo, no se fundan en la imagen representativa de nuestro cuerpo, sino en la del objeto. Solamente cuando yo cierro los ojos, con los que he contemplado un magnífico paisaje, percibo las relaciones que éste tiene con mi cuerpo. Lo que el poeta dice de quien se sumerge en la contemplación ó de quien se absorbe en la intuición es mucho más exacto fisiológica y psicológicamente que la teoría ordinaria de la proyección de la pretendida observación científica. Por consecuencia, el placer tan desacreditado de los sentidos forma en sí un contrapeso natural á la absorción en el yo y sólo por medio de la reflexión es como puede alimentar de nuevo el egoísmo.

Mucho más importante es el desenvolvimiento moral, por el profundo estudio del mundo humano, de sus fenómenos y de sus problemas.

La absorción en este objeto, tal como se manifiesta en nosotros también por los sentidos, como porción de nuestra propia esencia, constituye el germen natural de todo lo que en moral es imperecedero y merece ser conservado. Adam Smith tenía, acaso, el presentimiento

de ello cuando fundó la moral sobre la simpatía; pero comprendió la cuestión desde un punto de vista demasiado estrecho. No vió en el fondo más que los casos en que nos explicamos los gestos y movimientos de los demás hombres mediante los recuerdos ó imágenes del dolor y del placer, conformes con los que hemos experimentado nosotros mismos. Pero esto equivale á volver secretamente á motivos egoístas que no cooperan ni ayudan más que secundariamente, mientras que la traslación silenciosa y continua de nuestra conciencia sobre el objeto de este mundo humano de fenómenos, forma el verdadero origen ó fuente del ennoblecimiento moral y elimina el predominio del egoísmo.

Con arreglo á estas indicaciones podrá el lector explicarse por sí cómo este mismo progreso de la cultura, que en épocas de madurez produce el arte y la ciencia, sirve también para subyugar el egoísmo, para desarrollar las simpatías humanas y para hacer triunfar las tendencias hacia un fin común. En una palabra, existe un progreso moral natural.

Buckle, en su célebre obra sobre la *Historia de la civilización en Inglaterra*, ha adoptado un punto falso de vista para probar que el progreso real de las costumbres, como el de la cultura en general, depende esencialmente del progreso intelectual. Si se muestra que ciertos principios sencillos de moral no han sufrido modificaciones esenciales desde la época de la redacción de los Vedas indos hasta nuestros días, se puede también probar que los sencillos elementos de la lógica han permanecido igualmente invariables. De igual modo se podrá afirmar que las reglas fundamentales del conocimiento subsisten lo mismo desde tiempo inmemorial y que el empleo más perfecto de estas reglas en los tiempos modernos debe atribuirse especialmente á causas morales.

Fueron, en efecto, cualidades ó circunstancias morales las que llevaron á los antiguos á pensar libre é indi-

vidualmente, y también á satisfacerse con una cierta medida del conocimiento y conceder más precio al perfeccionamiento de las individualidades que al progreso exclusivo de la ciencia. La Edad Media tenía por principio moral el de formar autoridades, la obediencia á las mismas y restringir las libres investigaciones con las fórmulas de la tradición. Eran de naturaleza moral la abnegación y la constancia con que al principio de los tiempos modernos Copérnico, Gilbert, Harvey, Klepero y Vesalio marcharon hacia sus respectivos objetos. Podríase también establecer una analogía entre los principios morales del cristianismo y la conducta de los sabios, porque estos últimos exigen con un rigor absoluto que cada cual renuncie á sus caprichos y fantasías, se aparte de la opinión del vulgo y se consagre completamente á los problemas por resolver. Puede decirse de los más grandes investigadores que debieran considerarse como muertos para sí mismos y para el mundo, á fin de vivir una vida que les permita permanecer en relación con la voz reveladora de la naturaleza. Pero no perseguiremos más este pensamiento. Al exclusivismo de Buckle hemos opuesto el punto de vista contrario. En la esfera del hecho el progreso intelectual no es la consecuencia del progreso moral, como éste no es la consecuencia de aquél, mas ambos tienen las mismas raíces: el deseo de profundizar un objeto ó materia, la comprensión simpática del conjunto del mundo de los fenómenos y la natural necesidad de armonizar sus partes.

Pero así como hay un progreso moral que consiste en que la armonía de nuestro mundo de imágenes logre poco á poco triunfar de los desórdenes de las pasiones y de las vivas sensaciones del placer y del dolor, así también progresa la idea moral según la cual el hombre labra su universo. No hay error más grande que el de Buckle cuando atribuye el progreso de la civilización al concurso de dos elementos: el intelectual variable y el moral inva-



riable. Kant ha dicho que en materia de filosofía moral no estamos más adelantados que los antiguos, y ha repetido con poca diferencia las mismas palabras á propósito de la lógica; y esta observación no tiene relación con el progreso de las concepciones ideales de la moral que imprimen movimiento á periodos enteros de la historia. ¡Qué enorme distancia entre la antigua idea de virtud y la idea cristiana! Rechazar la injusticia ó soportarla, reverenciar la hermosura ó despreciarla, servir á la sociedad ó huir de ella no son solamente rasgos accidentales de tendencias de espíritus divergentes, á pesar de la identidad de los principios morales, sino contrastes que nacen de la muy profunda oposición de los principios de la moral. Desde el punto de vista del mundo antiguo, el cristianismo todo entero era notoriamente inmoral, y lo hubiera parecido todavía más si el ideal moral de la antigüedad no se hubiese hallado ya en descomposición en el momento en que se produjeron las ideas nuevas y extrañas. Semejante descomposición del ideal moral y el advenimiento de un punto de vista nuevo, superior, parecen manifestarse en la época actual, y esto hace más difícil y al mismo tiempo más importante la obligación de marcar su puesto á la dogmática del egoísmo, tal como ella se nos presenta en la economía política y en los principios de las relaciones sociales.

Podría creerse momentáneamente que esta dogmática del egoísmo es precisamente el nuevo principio moral destinado á reemplazar los preceptos del cristianismo. El racionalismo del siglo XVIII, que se contentaba con mirar con buenos ojos al materialismo físico, había adoptado el materialismo moral. El desarrollo de los intereses materiales ha crecido á medida que el antiguo poder de la Iglesia declina. Los progresos de las ciencias de la naturaleza han sido perniciosos bajo un aspecto y saludables dentro; pero á la vez que se agrandaban los intereses materiales, notábase el desenvolvimiento de la teoría de la

economía política y con ella de la dogmática del egoísmo. Parecería, pues, que un solo y mismo principio destruye de una parte las formas tradicionales del cristianismo y favorece de otra el impulso de los intereses materiales de nuestra época, y que, este fermento, á la vez de disolución y renovación para nuestro tiempo, no es otro que el principio del egoísmo.

Hemos visto más arriba cómo en el terreno económico las apariencias se declaran á favor de los derechos del egoísmo y que si, á menos de usar de sofismas, es imposible fundar sobre este principio virtudes como el patriotismo, el sacrificio por el prójimo, etc., se puede al menos muy bien pasarse sin estas virtudes. Admitamos por un instante que la persecución de los intereses individuales pueda llegar á ser un día el único móvil de las acciones humanas, aunque Voltaire y Helvecio hayan incurrido en el gran error de declarar que ya es así, y que el sólo móvil de los actos del hombre sea el egoísmo. Confesemos que no es al menos imaginable *a priori* que un principio semejante—muy diferente del de Mandeville—pueda salir, no de la decadencia, sino más bien del progreso intelectual y moral. He aquí un punto que pide un examen, el más cuidadoso é imparcial, y que de ningún modo puede ser solucionado con arreglo á una opinión preconcebida. Pongamos, pues, sin demora, á la luz, para evitar malas inteligencias, el lado más paradójico de la cuestión. Sin esfuerzo se concederá que el progreso intelectual pudiera contribuir á hacer el egoísmo á la vez más general, más inofensivo y más conforme al objeto; pero, ¿cómo el progreso moral, tal sobre todo como lo hemos definido al combatir á Buckle, podría contribuir á hacer del egoísmo un principio general cuando toda la esencia de este progreso estriba en sacrificar algo al interés general?

La respuesta á esta pregunta plantea inmediatamente el punto relativo á las consecuencias de la más extendida teoría económica.

¿Es verdad, en efecto, que los intereses de la sociedad están mejor custodiados cuando se vela con menos solicitud por dichos intereses que cuando los individuos pueden sin el menor obstáculo proseguir los suyos personales? Si así fuese, la persecución exclusiva de los intereses personales sería en la vida práctica:

- 1.º El fruto de una prudencia madurada por el tiempo.
- 2.º Una virtud, y aun la virtud cardinal.

Rechazar los instintos que nos llevan á obrar y á sacrificarnos por el prójimo constituiría la parte esencial de la victoria sobre sí mismo, y la fuerza necesaria para esta victoria la encontraría el hombre que entrase en la lucha considerando el mecanismo del gran *Todo*, cuya armonía sería perturbada si siguiésemos los ímpetus del corazón, que antiguamente había costumbre de elogiar como actos nobles, desinteresados y magnánimos. Estos ímpetus de la simpatía, que nacen cuando el alma se da toda entera al objeto, son substituidos á su vez por la preocupación del alma, que por completo se entrega al objeto más grande, al mecanismo del conjunto del mundo humano, mecanismo animado por el egoísmo armónico.

Una vez planteada la cuestión francamente, se comprenderá que la respuesta no es demasiado fácil. ¿Quién no recuerda aquí haber tenido con frecuencia el disgusto de despedir á un mendigo por saber que la limosna sostiene la miseria como el aceite conserva la llama? ¿Quién no se acuerda también de todos esos funestos ensayos dirigidos á fundar la dicha y que no han llegado más que á asolar el mundo por el hierro y el fuego, mientras que en los pueblos donde cada uno no se preocupaba más que de sí mismo se desenvolvían la riqueza y el bienestar? En realidad debe confesarse de plano que la simpatía puede arrastrar á locuras, lo mismo que el egoísmo, y que la consideración de los intereses de la gran mayoría hará siempre que se eviten muchos actos á los que se llegaría por abnegación para un grupo menos nu-

meros ó para tal ó cual persona. Se podrá, es verdad, objetar que esta consideración de los intereses del gran *Todo* no es egoísta, sino lo contrario. Sin embargo, la objeción es á su vez fácil de refutar.

En efecto; si la teoría de la armonía de los distintos intereses es exacta, si es incontestable que el mejor resultado para el conjunto de la humanidad se consigue cuando cada uno puede velar libremente por sus propios intereses, también es necesariamente verdadero que el más ventajoso sistema será aquel en que cada cual persiga sus intereses personales sin perder tiempo en inútiles reflexiones. El egoísta sincero se encuentra en estado de inocencia y obra bien sin tener conciencia de ello; la simpatía es el pecado, original y cualquiera, obligado á pensar desde luego en el mecanismo del gran *Todo*, para llegar á la misma virtud que un especulador ignorante practica con sencillez, no puede menos de volver mediante un rodeo, necesariamente seguido por la naturaleza humana, al punto de partida de la infancia de la humanidad. En esta vía el egoísmo puede purificarse, suavizarse, dulcificarse, ilustrarse, aprender medios más exactos de cuidar sus intereses; pero su principio, su esencia, serán de nuevo como eran en su origen.

Preguntar si la dogmática del egoísmo enseña la verdad, si la economía política está en el buen camino cuando predica exclusivamente el libre cambio, es tanto como preguntar si la idea de la armonía natural de los intereses es una quimera ó no; porque los teóricos extremos del librecambio no han vacilado en fundar su doctrina sobre el principio supremo del *dejar hacer*, y este principio no lo han propuesto solamente como una máxima de defensa indispensable contra un mal Gobierno, sino que de él han sacado la consecuencia necesaria del dogma, de que la suma de todos los intereses está mejor guardada cuando cada individuo vigila por los suyos propios. Una vez arraigado profundamente este dogma,

lo bastante para poder triunfar de opuestas consideraciones, no debemos admirarnos si la palabra *nación* se reduce á una expresión gramatical y si se rehusa aquí (Cooper, 1826) proteger el comercio marítimo con barcos de guerra, al paso que allí no se ve en las sangrientas conquistas de un aventurero más que un trabajo de una dificultad especial y, por consecuencia, muy lucrativo. (Max Hirth) (5). Las dos ideas emanan de un mismo origen: de la concepción puramente atomista de la sociedad, de donde se han eliminado todos los móviles, comúnmente llamados morales, que no se pueden reintegrar sino por una inconsecuencia.

Hemos visto ya que la concepción puramente atomista de la sociedad ofrece grandes ventajas en cuanto nos ayuda á aproximarnos paulatinamente á la verdad, al paso que es falsa como dogma.

Ahora debemos hacer constar que la teoría del egoísmo y de la armonía natural de todos los intereses ha contribuido en su aplicación práctica á grandes progresos de la civilización. No se puede negar que el egoísmo, perfectamente entendido, sea un principio de orden en la sociedad, como tantos otros que estuvieron en boga, y que en ciertas épocas de transición es acaso el más saludable, sin que por esto sea preciso atribuirle una superior importancia. El sistema del libre cambio ha dado un avance prodigioso á la producción en los pueblos civilizados. La especulación, que sigue la marcha de los intereses, ha coadyuvado de tal suerte á dotar á Europa de vías de comunicación, á regularizar el comercio, á hacer las transacciones más sólidas y reales, á disminuir la tasa del interés, á aumentar el crédito y consolidarlo, á restringir la usura y á que los engaños sean tan raros que, un príncipe, un ministro, un filósofo, un filántropo cualquiera, con el principio del espíritu de sacrificio, de los consejos benévolos, de las leyes sabias, no podrían ejercer sino bien débilmente una influencia semejante á

la que ha ejercido la eliminación progresiva de las barreras que las instituciones feudales de la Edad Media oponían á la libre actividad del individuo. Desde el establecimiento del impuesto para los pobres, el cual fué creado conforme á otro principio, el deseo de no dejar que la tarifa de aquél subiese demasiado hizo que se inventasen más instituciones de beneficencia, más serias mejoras de las que pudiera idear la compasión ó el reconocimiento positivo de un deber superior. Se puede aún conjeturar que una quinta ó sexta grande y sangrienta revolución social, aunque con intervalos seculares, acabará por poner un dique, gracias al miedo, á la codicia de los ricos y de los poderosos con más eficacia que sacrificándose de todo corazón á los intereses generales y aplicando el principio de la caridad.

Hagamos observar desde luego que los grandes progresos de los tiempos modernos no se han efectuado por el egoísmo propiamente dicho, sino por la libertad otorgada á los esfuerzos del interés privado, ante la opresión del egoísmo de la mayoría por la más potente de las minorías. No era la solicitud paternal la que en otros tiempos tomaba el lugar hoy ocupado por la libre concurrencia, sino el privilegio, la explotación, la oposición entre el señor y el esclavo. Los casos pocos numerosos en los cuales el antiguo orden de cosas permitió á la generosidad de soberanos magnánimos ó á la inteligencia de patriotas eminentes manifestarse, han producido muy hermosos resultados. Basta recordar á Colbert, á cuya fructuosa actividad se adhiere, no sin éxito, Carey, el partidario de los derechos protectores.

Tengamos presente sin cesar que hasta aquí no hemos conocido más que la oposición de los intereses dinásticos dominadores á los privados emancipados, pero no la simple oposición del principio del egoísmo al del interés general. Si nos remontamos á las épocas más felices de las repúblicas de la Edad Media y de la antigüe-

dad, vemos allí el pensamiento del interés general vivo, pero contenido en círculos tan estrechos que no se puede establecer comparación entre aquellos tiempos y el nuestro. Resulta, sin embargo, de esta comparación, por defectuosa que sea, que el descontento profundo que caracteriza nuestra época no se nota en república alguna donde cada ciudadano, atento al interés general, reprime los vuelos de su egoísmo.

Si ensayamos someter á un examen directo la justificación de la teoría de la armonía de los intereses, será preciso desde luego, para simplificar la cuestión, admitir una república cuyos ciudadanos todos tienen los mismos derechos, igual capacidad y despliegan todas sus fuerzas para enriquecerse mejor. Fácil es comprender que estos ciudadanos neutralizarán recíprocamente una parte de dichas fuerzas y producirán por otra resultados de que la sociedad entera sacará provecho. No hay más que dos medios de suprimir dicha neutralización de fuerzas: ó todos trabajarán en el interés general ó cada uno lo hará por sí mismo sin concurrencia alguna y en distinta esfera de actividad; pero surgirán obstáculos desde que dos ó varios individuos quieran adquirir ó utilizar el mismo objeto.

Si aplicamos esta abstracción á las relaciones humanas, veremos desde luego el germen de dos ideas, la del comunismo y la de la propiedad individual.

Puesto que los hombres no son seres tan sencillos como se cree, nos podemos figurar que no son en manera alguna capaces de realizar completamente una ú otra de aquellas ideas. En el sistema de comunidad de bienes, las tendencias puramente egoístas se permitirán convertir en su provecho una parte de la fortuna general; por el contrario, en el sistema de la propiedad individual, cada uno querrá aumentar su propia parte á expensas de los otros. Admitamos ahora que en nuestra república hay bienes comunes y bienes individuales, y que existen límites, ge-

neralmente respetados, á las abstracciones y á las estas. A pesar de todas las precauciones, quedarán todavía bastantes medios legales que permitirán á tal ó cual individuo obtener un privilegio en el goce de los bienes comunes ó acrecentar su propiedad personal. El más importante de estos medios legales consistirá en recomensar por más tiempo al que haga los más grandes servicios á la sociedad.

Ahora tenemos la idea de la armonía de los intereses. En efecto, podemos sin duda imaginarnos que nuestros seres están organizados de tal suerte que desarrollan un máximo de fuerza cuando no piensan puramente más que en sí mismos. Por otra parte, las leyes de nuestra república contendrán disposiciones tales que nadie podrá obtener para sí un notable beneficio si no produce mucho trabajo para la sociedad. Sería también muy posible que el aumento de fuerza, conseguido por la emancipación del egoísmo, fuese más grande que la pérdida resultante de la neutralización de los esfuerzos, y, siendo así, la armonía de los intereses quedaría demostrada. Pero es difícil determinar hasta qué punto se realizan estas hipótesis en la vida humana, y aun pueden encontrarse circunstancias que vengán á frustrar todos los cálculos. Así, por ejemplo, los recursos adquiridos por un trabajo útil son causa de nuevas ventajas, haciendo el propietario trabajar á otros individuos en su lugar. Es este sin duda un provecho para la sociedad, pero es al mismo tiempo el germen de una dolencia que describiremos más adelante. Contentémonos por el momento con indicar su lado enojoso. Cuando un hombre llega á ser superior á los otros, puede emplear sus medios de acción en satisfacer impunemente su codicia; á medida que avanza aumenta más sus fuerzas, lo que le permite seguir avanzando, y también la resistencia, no sólo de sus competidores sino también de las leyes, va siempre debilitándose. La causa de este fenómeno se encuentra no sólo en la ley del au-

mento del capital, sino también en un factor hasta aquí poco conocido, el desenvolvimiento individual y social. Efectivamente, la fuerza intelectual de la mayor parte de los hombres basta para resolver problemas más graves que los que forzosamente deben presentárseles en el estado actual de la sociedad. Se hallará esta indicación con más amplitud, dilucidada y motivada, en el capítulo segundo de mi escrito sobre la *cuestión obrera* (\*).

Limitémonos á afirmar por lo pronto que la mayor parte de los hombres son perfectamente aptos, desde que un feliz primer paso les ha relevado de la necesidad de vivir al día de su trabajo manual, para hacer tributario en su provecho el trabajo de otros muchos hombres por medio de la especulación, de los inventos ó aun de la simple dirección sólida y permanente de una industria. La teoría errónea de la armonía de los intereses está, por consecuencia, asociada siempre al triunfo de una tesis aceptada casi en todas partes por el prejuicio popular, á saber: En la vida humana todo talento, toda fuerza, á pesar de todos los obstáculos, acaba por elevarse á una posición social, respondiendo á sus disposiciones naturales. Esta tesis ha sido propagada principalmente por la fantasía teleológica racionalista del siglo XVIII y lastima la experiencia de un modo tan notorio que apenas podría explicarse la ceguera con que sus secuaces se aferran á ella si el amor propio de los felices, de los sabios y de los personajes de alta jerarquía no hallase en el pensamiento de esta predestinación terrestre un goce parecido al que procura al orgullo de los sacerdotes el pensamiento de la predestinación celestial. Nosotros vemos en la vida que una elevación rápida y brillante no hace, generalmente, salir de una situación obscura más que á aquellos cuyas cualidades raras y eminentes son favorecidas por propi-

(\*) *La cuestión obrera, su importancia para el presente y el porvenir*, por F. A. Lange.

cias circunstancias; y cómo en desquite, en el conjunto, la capacidad necesaria para altas funciones se encuentra siempre allí donde existen las condiciones materiales de estas mismas altas funciones.

Así como los gérmenes de las plantas flotan en el aire y se desarrollan—cada uno en su especie—allí donde encuentran condiciones favorables, así la capacidad de los hombres necesita aprovechar circunstancias propicias para procurarse ventajas todavía mucho más considerables. Esta tesis, pues, unida á la ley del aumento del capital, echa á tierra toda la teoría de la armonía de los intereses. Cien veces se puede demostrar que los éxitos de los especuladores y de los grandes empresarios mejoran también poco á poco la condición de todos los demás ciudadanos, y siendo verdad que á cada paso hacia adelante crecerá igualmente la diferencia en la condición de los individuos y en los medios de tomar nuevos vuelos, verdad será asimismo que cada paso en esta dirección aproximará á una evolución en que la riqueza y pujanza de algunos romperán las barreras resultantes de las leyes y de las costumbres, donde la forma de gobierno no será más que una vana apariencia y un proletariado envilecido vendrá á ser el juguete de las pasiones de la aristocracia, hasta que al fin el terremoto social lo vuelque todo y se trague el ingenioso edificio de los intereses particulares.

Los períodos precedentes á este derrumbamiento se han repetido ya tan frecuentemente en la historia, y con el mismo carácter siempre, que no hay posibilidad de equivocarse sobre su naturaleza. «El Estado se hace venal y el pobre desesperado odiará la ley tan fácilmente como el rico la desdeñará», dice Roscher. Esparta pereció cuando todo el territorio fué poseído por cien familias. Roma cayó cuando millones de proletarios se encontraron en presencia de millares de propietarios que disponían de recursos tan considerables que, según Craso,

no era rico sino el que podía sostener un ejército á sus expensas. «En la Italia moderna también la libertad del pueblo ha sido destruída por la oligarquía del dinero y el proletariado. De notar es que en Florencia el banquero más rico acaba por llegar al poder absoluto y que hacia el mismo tiempo, en Génova, el Banco de San Jorge se tragó, por decirlo así, al Estado.» (Roscher) (6).

Por consecuencia, en tanto que los intereses del hombre sean puramente individuales, en tanto que el desarrollo de los intereses generales no se considere más que como la resultante de los esfuerzos de ambiciones individuales, se deberá siempre temer que los intereses de los individuos que aventajen á los demás lleguen poco á poco á ser absolutamente preponderantes y destrocen todos los otros. El equilibrio social de un Estado semejante es, bien mirado, un equilibrio inestable, y, una vez alterado, será por necesidad más y más profundamente subvertido. Por el contrario, debe admitirse que en una república en que cada individuo miré con prevención los intereses generales, podrá existir un equilibrio estable. Si por lo que al presente hace, en ninguna parte se cumple esta condición, lo mismo ocurre con el egoísmo en general. Hay en ello dos abstracciones. En realidad, el egoísmo es mucho más poderoso que el pensamiento del interés general, si se tiene en cuenta la masa ó cúmulo de las acciones individuales que deben su nacimiento, sobre todo, al uno ó al otro de los dos principios; pero es muy distinta cuestión saber cuál de los dos es históricamente, con relación á un tiempo dado, el más importante y más fecundo en consecuencias. Por más que el enorme desarrollo de los intereses materiales parezca formar el carácter predominante de nuestra época, y la teoría de este desarrollo ponga también resueltamente el principio del egoísmo en el proscenio de la conciencia universal, no menos se ha visto surgir simultáneamente la necesidad de una unión nacional, de una cooperación colectiva y

de una fraternidad de elementos hasta entonces separados.

En cuanto al agente de la fermentación actual, al factor con preferencia destinado á marcar el porvenir con su tinte particular, no podemos más sino conjeturar cuál podrá ser. En lo que al presente toca, tenemos por establecido que si el egoísmo debiese ser el dueño hasta nueva orden, no habríamos adquirido por esto un principio nuevo y regenerador del mundo, sino que tendríamos sólo una descomposición que seguiría su curso. Siendo falsa la teoría de la armonía de los intereses, destruyendo el principio del egoísmo el equilibrio social y, por consecuencia, la base de toda moralidad, no puede tener este principio para la economía política más que una importancia pasajera cuya oportunidad puede ser que haya pasado ya. La pobreza de los argumentos con que generalmente se proclama la teoría de la armonía de los intereses puede ocultarse algún tiempo por el espectáculo de la desarmonía de esos mismos intereses y por el de la codicia secreta de las clases favorecidas, á la manera que los vacíos de la dogmática eclesiástica lo son por las dotaciones de los curas y de los conventos; pero á la larga esto no es posible. Un ejemplo nos mostrará con qué ceguedad la economía política acumula de ordinario sus argumentos á favor de la teoría económica de los intereses.

Que se examine una capital europea cuyos miles de habitantes se despiertan cada mañana con diversas necesidades. Mientras la mayoría sigue durmiendo el más profundo sueño, aquélla se preocupa ya con ardor de las necesidades de todos. Aquí un pesado carro cargado de legumbres rueda al través de un arrabal; allí el ganado es conducido al matadero; el panadero está de pie ante su ardiente horno y el lechero conduce su vehículo de casa en casa. Allá un caballo es enganchado á un cabriolé para transportar desconocidos de un punto á otro; acullá

un negociante abre su tienda calculando de antemano los beneficios del día aun sin estar seguro de que se acerque un sólo comprador. Insensiblemente, las calles se animan y la multitud empieza á circular. ¿Por qué es regulado este inmenso movimiento? ¿Por el interés! ¿Quién vela por que cada necesidad sea satisfecha y los hambrientos y los sedientos reciban oportunamente su pan, su vino, su leche, sus legumbres, sus especies, su cerveza, todo lo que cada cual puede consumir y pagar? ¿Los negocios, sólo el interés! ¿Qué intendente, qué administrador, ó jefe de almacén podría con la misma regularidad aplacar esos millones de necesidades, conforme á un plan bien combinado? ¿Idea quimérica!

Por estas consideraciones y otras semejantes se esfuerzan algunos frecuentemente en demostrar cuán necesario es dejar á los intereses particulares el cuidado de velar por el bienestar de la humanidad. Razonando así olvidanse por lo menos los tres puntos siguientes:

1.º Toda esta consideración es sólo una abstracción que no pone de relieve más que una de las fases de la realidad. Todas las necesidades legítimas no son satisfechas y, cuando lo son, en innumerables casos, no es ya sólo por el interés, sino por la piedad, la amistad, la gratitud, la bondad y por otros motivos contrarios al egoísmo.

2.º Todo el mecanismo de la satisfacción de las necesidades es el resultado de sacrificios y cuidados incesantes que desaparecen en un examen superficial, pero encubren, sin embargo, la historia de generaciones enteras. Muchas instituciones, hoy explotadas por el interés, fueron creadas primitivamente por la filantropía, el amor á la ciencia y el patriotismo; no habrían existido jamás sin estas virtudes humanas y caerían á la larga si las mismas virtudes no supieran producir una transformación más oportuna ó encontrar una compensación por otros medios.

3.º El campo de la historia es favorable también á otros principios, no importa cuáles, como al del egoísmo. Todo sistema, sea comunista ó individualista, viene á ser una utopía cuando no se contrae á lo que ya existe, y el triunfo de uno ó de otro principio no significa en la práctica más que la dirección en que el desarrollo ulterior debe operarse. No se trata de averiguar si la influencia de los intereses, dentro del modo actual de satisfacción de las necesidades, es grande ó pequeña, sino si es laudable y oportuno hacerla relativamente más grande ó más pequeña.

Este último punto, singularmente, sintetiza toda la cuestión respecto á saber si el egoísmo puede ser el principio moral del porvenir. Es cierto que después como antes jugará efectivamente un gran papel, y sin embargo, según nuestras explicaciones, podría estarse no menos seguro de que, si el individualismo sigue desenvolviéndose, resultará de ello probablemente, no una nueva elevación, sino la decadencia de nuestra cultura. Cuantas veces se muestra en la historia un progreso positivo, vemos el principio opuesto al egoísmo redoblar su actividad, mientras que el individualismo, ensanchándose, no trabaja más que en la descomposición de las formas que han llegado á ser útiles. Aun en la época actual también la verdadera corriente del progreso será dirigida en el sentido del sacrificio, en aras del bien general. Existe un principio natural, diremos casi físico, para eliminar el egoísmo poco á poco, y es, complacerse en el orden armonioso del mundo de los fenómenos y, ante todo, en lo que toca á los intereses materiales de la humanidad.

Lo que Adam Smith quería con su simpatía, Feuerbach con su teoría del amor y Comte con el principio del trabajo para el prójimo no son más que fases aisladas de la preponderancia, que se forman con el progreso de la cultura, de las representaciones de objetos, perteneciendo á nuestro sér en la imagen de un yo dotado de sensi-

bilidad para el placer y el dolor. La conciencia del orden, que regula el curso de los acontecimientos, hace perder su vivacidad á las alternativas de placer y dolor y modera los deseos. Por otra parte, cuando se agranda el conocimiento del mundo exterior y se comprende mejor á los demás, este predominio del sentido de los intereses generales se manifiesta necesariamente y produce sus naturales consecuencias.

Hasta un escritor tan afecto á la aseptición, como J. S. Mill, se acerca á Comte al hacer de esta concepción el fundamento de su sistema moral; solamente en su *utilitarismo* desconoce el elemento ideal, creador de las formas, que sirve de base á esta tendencia hacia la armonía en el mundo moral como á las aspiraciones del arte. Y de hecho hemos visto ya realizarse este progreso del estado salvaje hacia la civilización tan frecuentemente á pesar de las circunstancias más diversas y tan uniforme que se atribuye ya cierta autoridad al solo argumento que por inducción demuestra que todo este fenómeno se opera por una necesidad natural. Pero cuando acabamos por descubrir en nuestros mismos elementos sensoriales la causa de tal hecho, no podemos dudar de la existencia del principio moral, y sólo podemos preguntar si en un tiempo, en un pueblo ó en un grupo de naciones determinadas, ese principio, superior á otras fuerzas igualmente poderosas ya por sí mismas ó por un concurso particular, podría producir un resultado absolutamente contrario.

En todas las páginas de la historia se aprende que el progreso de la humanidad no es continuo. Aun se puede dudar de que exista en el gran todo un progreso semejante al que vemos en un punto particular que tan pronto se dilata como desaparece. Paréceme, sin embargo, incontestable, aun con relación á nuestra época, que al lado de las fluctuaciones de la cultura, que discernimos

tan claramente en la historia, se opera al mismo tiempo un progreso continuo cuyas consecuencias no se ocultan más que por las fluctuaciones de que acabo de hablar. No obstante, esta noción no es tan positiva como la de un progreso aislado, y hay serios pensadores, por igual versados en el conocimiento de la naturaleza y de la historia, que, cual Volger, niegan este progreso. Pero admitiendo que fuese completamente cierto, en el período histórico sobre que echamos una compendiosa mirada pudiera esto ser sólo una ola más grande, parecida á la de la marea, que sube siempre (mientras se descubren las montañas y los valles sobre la agitada mar) y acaba por llegar á su mayor altura para retroceder continuamente bajo la acción de la turbulenta marea. Nada hay, pues, que ganar aquí con un artículo de fe ó una verdad generalmente reconocida, y nos es preciso examinar más de cerca las causas que podrían hacer retroceder, á la civilización, del interés general hasta el egoísmo.

Encontramos, en realidad, que las causas más importantes de la decadencia de las antiguas naciones civilizadas son desde hace largo tiempo conocidas por los historiadores. La que obra del modo más sencillo consiste en que la cultura se limita de ordinario á círculos estrechos de individuos que al cabo de cierto tiempo sufren perturbaciones en su aislada existencia y son absorbidos por círculos más extensos en que las masas se hallan en un estado de inferioridad. En tal caso, se nota siempre que la parte superior de la sociedad humana, sea un Estado entero ó una costa privilegiada, no sabe vencer su egoísmo más que parcialmente en el interior de su estrecha esfera, mientras que al exterior la oposición se acentúa, como entre griegos y bárbaros, señores y esclavos. La comunidad en la cual el individuo desaparece, se cierra al exterior con todos los síntomas del egoísmo, y así precipita su caída por la aplicación incompleta del mismo



principio al cual en su interior debe la cultura moral superior que la distingue. Una segunda causa se ha mencionado ya. Se forman en el seno de la sociedad progresiva, en su conjunto, diferencias que insensiblemente se agrandan, hacen desaparecer los puntos de contacto, crecer las relaciones mutuas y agotan la fuente principal de la simpatía que ligaba unos ciudadanos á otros. Entonces, en la masa primitivamente homogénea, se forman clases privilegiadas que no están bien unidas entre sí, y, cuando la acumulación de las riquezas crea goces hasta entonces desconocidos, se ve nacer un nuevo egoísmo, refinado y peor que el anterior. Así se llegó en la antigua Roma á la época de los *latifundios*, en que la agricultura fué contenida en su progreso por los parques de los ricos y donde medias provincias pertenecían á algunos individuos.

En el origen nadie se propone llegar á una situación semejante, ni aun los más poderosos y ricos cuando las distancias son moderadas. Nace bajo la influencia de la protección legal, que tiene primitivamente un fin completamente opuesto, á saber, mantener la igualdad y la equidad y garantir á cada uno sus bienes según el principio de la propiedad privada. Resulta, á mayor abundamiento, de la continuidad de las relaciones entre ciudadanos, las cuales no se pueden desenvolver bien sino después de dominado el egoísmo brutal. Aun sin elevar éste á la altura de un principio, no se introduce el orden en la sociedad sino por la constitución de la propiedad y su transmisión regular, aun cuando la sociedad no descanse todavía sobre las tradiciones de la autoridad ó sobre las relaciones de señores y esclavos. Precisamente son las instituciones de propiedad, protección legal, herencia, etcétera, las que resultan de la dulzura de las costumbres y producen el estado de florecimiento de los pueblos, son, decimos, estas instituciones las que mantienen al mismo tiempo la ola creciente de la ilegalidad de los

bienes, la cual, llegando á cierta altura, es más fuerte que todos los contrapesos y arruina infaliblemente á una nación. Este juego se reproduce bajo las más distintas formas. Una nación moralmente más débil sucumbe á este mal, aun medianamente desenvuelto, y una nación más fuerte, construída, digámoslo así, de manera más ventajosa, puede, como la Inglaterra actual, soportar sin peligro el mismo mal elevado á un grado considerable.

En el estado de barbarie semejante desigualdad de bienes, tal como la que se advierte entre los pueblos á punto de perecer, no se podría producir ni durar. Allí donde hay botín que partir, el más fuerte toma desde luego la mejor parte para sí y el más débil tiene que soportar los más rudos sufrimientos; pero su posición en conjunto, hasta cuando está reducido á la esclavitud, no es apenas diferente de la del poderoso, como lo es la del pobre relativamente al rico allí donde las relaciones resultantes de las sucesiones se desarrollan progresivamente.

Esta desigualdad, repitámoslo, no es premeditada en el origen, sin que desde su juventud los pueblos hayan conscientemente rendido culto á la dogmática del egoísmo. Pero en tales períodos sus sentimientos son muy otros.

*Privatus illis consensus erat brevis,  
Commune magnum,*

dice Horacio, hablando de los antiguos romanos, y rara vez el contraste entre los períodos de un ardiente amor al bien público y los en que el egoísmo predominaba, ha sido pintado de una manera tan sorprendente y verdadera como lo fué por este poeta. Y, sin embargo, aquellos ancianos romanos fueron los que redactaron esos Códigos todavía admirados y utilizados por Europa. Si, pues, la protección legal y la santificación de la propiedad dejan correr la ci-

zaña con el trigo, es preciso que haya circunstancias que produzcan este efecto á pesar de los legisladores, circunstancias inadvertidas en el origen ó acaso absolutamente inevitables. Si se piensa que el orden legal y regular no puede nacer más que con el sacrificio á favor del interés general y la disminución de las tendencias brutales del egoísmo, pero que éste hace todavía muy considerable papel en una república tal como la de los antiguos romanos, y que ha sido solamente reducido en cierto modo á límites, en el interior de los cuales es mirado como legítimo, vendremos entonces á preguntarnos por qué no se han establecido límites semejantes contra la desigualdad progresiva de la propiedad para mantener el saludable equilibrio entre el egoísmo y el sentimiento del interés general. En seguida vemos que justamente en la antigua Roma los ciudadanos más nobles y virtuosos ensayaron en vano la solución del problema. Además, es muy natural que aquellos propietarios, que no se distinguen precisamente por la perspicacia de su inteligencia ni por su generosidad, sin ser ya dogmatizadores del egoísmo, no vean desde luego en absoluto, en las tentativas hechas para limitar el crecimiento de su fortuna, más que un ataque contra la propiedad apareciéndoseles bajo colores exagerados la conmoción de las bases de la sociedad, porque su interés está demasiado estrechamente unido á lo que existe. Si se hubiese podido mostrar en un espejo á los grandes de Roma, hacia la época de las luchas agrarias, la historia de los siglos futuros y la causal correlación entre la decadencia y la acumulación de las riquezas, quizá Tiberio y Cayo Graco no hubiesen expiado su superior previsión con la pérdida de su vida y su fama.

No es completamente inútil notar que equivaldría á incurrir en una verdadera petición de principio declarar ilegales los límites puestos al enriquecimiento. Trátase precisamente de saber lo que debe ser el derecho. El pri-

mer derecho, el que toda la naturaleza reconoce, es el del más fuerte, el derecho del puñetazo (das Faustrecht). Solamente después de reconocido un derecho superior viene á ser aquél una injusticia, y todavía permanece sin serlo mientras no pasa largo tiempo en que el nuevo derecho hace efectivamente mejores servicios á la sociedad. Si el principio constitutivo del derecho se pierde, el del más fuerte vuelve siempre á imponerse; mas en pura moral, su nueva forma no es mejor que la primera. Que yo retuerza el cuello á mi semejante porque soy el más fuerte, ó que por un superior conocimiento de los negocios y de las leyes le tienda un lazo en que caerá y donde se pudrirá, mientras que el provecho de su trabajo vendrá á mí *legalmente*, son dos actos casi iguales.

Hasta el abuso del simple poder del capital ante el hambre constituye un nuevo derecho de la fuerza, aun cuando no resulte de ello más que la mayor dependencia del que nada posee. Lo que primitivamente no ha sido previsto por la legislación, es precisamente la posibilidad de hacer de la posesión del capital y del conocimiento del derecho un uso que aún va más allá del antiguo derecho de la fuerza en sus perniciosas consecuencias. Esta posibilidad yace en parte en la facultad, de que ya hemos hablado, dejada á todos los que poseen, de elegir un trabajo remunerador, y en parte de ciertas relaciones entre la ley de población y la formación del capital que la economía política del siglo XVIII ha descubierto, pero que hoy mismo, no obstante los loables esfuerzos intentados singularmente por J. S. Mill para dilucidar este punto, no han sido todavía profundizados por completo en lo que concierne á su naturaleza y á su acción. En mi escrito *Opiniones de Mill sobre la cuestión social y la pretendida revolución operada por Carey en la ciencia social*, he intentado contribuir por mi parte á una solución crítica de esta cuestión. Aquí me limitaré sencillamente á utilizar

los resultados obtenidos, en tanto que puedan conducir á nuestro objeto (7).

En el siglo XVII varios hombres eminentes, entre otros Benjamin Franklin, opinaron que la multiplicación natural de los hombres, como la de los animales y las plantas, si no encontraba obstáculos bien pronto, obstruiría el globo terrestre. Esta palpable é incontestable verdad, pero á la que hasta entonces nadie había prestado atención, debía imponerse á un espíritu observador comparando el rápido crecimiento de la población en la América del Norte con la situación de los Estados europeos. Se encontró que el crecimiento indicado no dependía de la fecundidad de los matrimonios, sino de la cantidad de los alimentos producidos. Esta sencilla idea que hizo célebre á Malthus, pero á la que se agregaron detalles erróneos que aquí omitimos, ha llegado á ser indicible después de los progresos de la estadística.

Casi al mismo tiempo se produjo otra teoría, errónea sin duda en su primitiva forma, la teoría de la renta del suelo. Se admitió que los propietarios de tierras sacaban de las inagotables fuerzas del suelo, además del interés de su capital y la retribución de su trabajo, todavía un protocolo particular resultante del monopolio de utilización de estas fuerzas naturales. Se probó más tarde que esto no es justo más que en tanto que la cantidad de terreno es limitada, ó como ilimitada debe considerarse á consecuencia de ciertas circunstancias (repugnancia á la emigración, falta de capitales necesarios para desmontar fértiles terrenos, carencia de libertad, etc.). Entonces se manifiesta con un valor relativo el estado de cosas que debería prevalecer absolutamente, una vez que todo suelo cultivable sea posesión privada. Aunque, después de esto, la teoría de la renta de la tierra no tenga más que una aplicación relativa, se manifiesta, sin embargo, para cada comarca un estado

de cosas en el que resulta aquélla aplicable hasta cierto grado.

Se ha acabado por encontrar que la tasa del salario que un empresario provisto de capitales paga á los que sin poseer inmuebles ú otros recursos están obligados á vivir sólo de su trabajo, debe ser determinada por la oferta y la demanda como el precio de toda otra mercancía. Cuando la oferta es superior á la demanda, el precio del trabajo baja. Es muy natural que en este punto, precisamente, la teoría del egoísmo se aproxime en alto grado á la realidad, atendiendo á que no se trata sucesivamente más que de pequeñas sumas y á que el patrón, que ve sus intereses sobre el terreno del derecho vigente, no tiene, desde luego, el mismo, más que una idea vaga de las consecuencias de esta corrección.

En tiempos de gran barbarie la población está diezmada sin cesar, ya por la insalubridad del suelo y la falta de provisiones, ya por las disensiones y las guerras, durante las cuales son tratados cruelmente los vencidos. La acumulación de los capitales presenta muchas dificultades; la superabundancia de los trabajadores es seguida de penuria y la falta de tierras que comprar lo es de la posibilidad de adquirir terrenos considerables á precios muy poco elevados. Pero desde que las más aviesas pasiones se calman, el sentimiento del interés general y el reinado de las leyes recobran su acción; el efecto de las precipitadas relaciones comienza de nuevo á hacerse sentir y se desenvuelve como la cizaña en medio de los trigos.

La población aumenta, el suelo cultivable empieza á faltar, la renta de las tierras sube, el precio del trabajo descende y, la diferencia entre la condición del propietario y la del colono, la del colono y la del jornalero, crece siempre. Ahora, la industria que entra en su eflorescencia, ofrece al trabajador un salario más elevado; pero

los brazos afluyen de tal manera al industrial que viene á renovarse el mismo juego. El único factor que detiene al presente el crecimiento de la población es la miseria, y el sólo remedio de escapar á la extrema miseria es aceptar el trabajo á cualquier precio. El empresario feliz adquiere inmensas riquezas, mientras el trabajador apenas si tiene con qué conservar su miserable vida. Hasta aquí todo marcha sin que la dogmática del egoísmo tenga que intervenir.

En este momento la miseria del proletariado conmueve los corazones compasivos; mas de la situación actual es imposible volver á la antigua sencillez de las costumbres. Poco á poco, los ricos se han habituado á los variados y refinados goces de la vida; el arte y la ciencia se han desplegado; el trabajo servil de los proletarios procura á muchas cabezas inteligentes el reposo y los medios de consagrarse á investigaciones, á creaciones y á inventos; se mira como un deber conservar estos preciosos bienes de la humanidad y nos consolamos de buen grado con el pensamiento de que un día serán ellos la propiedad común de todos. Sin embargo, el rápido crecimiento de las riquezas hace que participen de tales goces muchos individuos cuyo corazón es brutal en el fondo; otros degeneran desde el punto de vista moral, pierden toda atención, toda simpatía hacia lo que se demuestra fuera del círculo de sus placeres; las formas vivas de la compasión para el sufrimiento se desvanecen, por lo mismo que los privilegiados tienen goces uniformes y comienzan á considerarse como seres de otra naturaleza que no ven en sus servidores más que máquinas, siendo para ellos los desgraciados la sombra que hace resaltar la luz del cuadro de su felicidad y no comprendiendo el infortunio de otros. La ruptura de los lazos sociales extingue el pudor que antes ahuyentaba las desordenadas voluptuosidades; el bienestar ahoga el vigor intelectual y sólo el proletariado perma-

nece rudo y oprimido, bien que conservando su vivacidad de espíritu.

Tal era el estado de la sociedad antigua cuando el cristianismo y las invasiones de los bárbaros vinieron á poner un término á sus magnificencias; estaba madura para el aniquilamiento.